

No me dejes ir

Adriana Claros Hoyos



Capítulo 1

A la hora de la verdad el caos externo es solo una simpleza respecto a todo lo que puede causar que dejes tu alma y cuerpo físico al final, al final de la línea esperando un cupo para aclarar dudas, al final del día cuando solo quieres dormir pero matas el tiempo en actividades vanas, al final del rincón más oscuro que requiere tiempo y sumarle todos los días uno que otro detalle para que el negro no pase a gris y muchos menos blanco; sin fondo ni sentido. Al final de tu mirada ya que muchas veces tratas de recoger y optar como tuyo lo que te encuentras en la acera o en una maleta que hace ya hace mucho no veías. Si eres receptor de esto, pongamos un punto, respiremos y en voz baja hacia tu interior repite: -No me dejes ir.

Recién empecé a disminuir mi capacidad de verme al espejo, tome un tiempo que decidí llamar "para mí" pero que al cabo de un largo periodo resulto un desastre, mi cuerpo se sentía extraño, no sudaba igual, mi aroma se desvaneció y mi sangre no tenía el mismo dulzor. Decidí terminar con todo y todos, pero al sentir el smock y el viento entre mis piernas, cerré la ventana pero mi mente alcanzo a saltar; esto fue lo mejor que pudo pasar y aunque no sea lógico, al desprenderse de algo necesario el dolor causado es tan intenso que alcanzas a ver los pies de esa parte en el extremo inferior de tu cama como si estuvieras tumbado en el suelo, desmayado o aún mejor muerto. Considerar salidas de emergencia nunca ha sido una opción ya que siempre se vuelve al inicio y la situación se convierte en algo que llamo "estado bullicio", esto se define en el recuento de cláusulas comunes para un final atroz, lastimero, pagano, banal y fatídicamente insensato; si detallaba paso a paso mi andar no llegaría a nada y perdería el tiempo, pero de igual manera resultaba útil la práctica de tener el problema y arrojarlo, quebrarlo, escupirlo, con el fin de "solucionar" lo que estaba escrito por una fuerza más grande y serena que mi revuelta propiocepción.

Tuve la decisión en mis manos y opte por reírme de mi dolor, y admito que suena a cliché pero a manera de experimento macabro prueben alguna vez esto, cuando sientan tanto dolor que consideren estar más de allá que de acá, tomen tiempo para masticar ese dolor y reírse de ustedes mismos, les aseguro que la rabia por la burla va a ser más fuerte que el recuerdo de ese dolor que dicen sentir. Solucionado los puntos anteriores, seguí caminando por el túnel en el cual mientras sumaba pasos sentía menos dolor y sobre todo mi tonto e inservible corazón dejó de quejarse, reclamar, demandar por sangre y finalmente dejar de latir. Siempre pensé que sería distinto, nunca creí que los sonidos serían tan estridentes,

considere la posibilidad de tener más conciencia acerca de cada momento pero en ese lugar pero no fue así; las voces eran incesantes, el ruido aunque apacible se tornaba liberador y no hay cosa que odie en demasía como lo es un sonido que otorgue complacencia cuando no es requerida. Así que seguí mi camino y aunque no sabía muy bien hacia donde me llevaría no importo, ya que el dolor fue decayendo y el agotamiento iba en ascenso lo cual resultaba apacible para mi mente pero insospechado para mi plano físico. Al cabo de un lapso de tiempo considerable mis manos no eran las mismas y mi cerebro no lograba conectar mis piernas con lo demás, al sentir mi cuerpo desplomarse pensé en lo más importante y confieso, en lo único que llegó a mi mente, fue ese reflejo de picardía que definía mis facciones, el sutil placer de rozar mis dedos contra la pasta de un buen libro y sus páginas, el olor del sol entrando en mi habitación y el aire rozar mi cuello cuando asomaba mi cabeza por la ventana; para poder sentirme parte de un algo mientras en mi mano izquierda sostuviera un cigarrillo. De repente sentí como mi muñeca derecha era ajustada con algo y la poca sangre existente lograba hinchar mi corazón y este volvía a quejarse, reclamar, demandar por sangre y sobre todo a latir.

Una sola determinación puede cambiar un entorno, el pensamiento libre e idealista llega a tocar la puerta más roída pero apacible en su interior, un cuento corto puede ser el mejor brindis a cualquier edad; aunque honestamente no me gustaría encontrarme con la que era a los 15, ya que no fue suficiente tener el valor de morir por amor, odio, regocijo o sacrificio porque de la manera más violenta siempre fue un grito, un susurro y una exhalación profunda que sigue presente y dice: -"No me dejes ir..."